

LA INTRAHISTORIA. VIVENCIAS EN TIEMPOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EVERYDAY LIFE. EVERYDAY LIVING IN TIMES OF THE WAR OF INDEPENDENCE

Gérard Dufour

Université de Provence. U. M. R. Telemme
Aix en Provence. Francia

GDufour@mmsch.univ-aix.fr

RESUMEN: ¿Qué supuso para los no combatientes vivir en tiempos de la Guerra de la Independencia? Obviamente, existen varias respuestas, según se tome en cuenta una zona totalmente libre de la presencia francesa (Cádiz o Alicante), una zona ocupada desde el principio hasta el final (como Guipúzcoa) u otra que sufrió los vaivenes de la marcha de los ejércitos. En esta ponencia nos centraremos en Madrid, que conoció tales vaivenes, para constatar que, bajo la ocupación francesa, o libres de ella, la vida cotidiana de sus habitantes no conoció grandes diferencias. Estudiaremos primero la política de diversiones que tanto las autoridades afrancesadas o patrióticas intentaron desarrollar, intentando mantener una vida social muy impropia de las circunstancias (teatro, toros, cafés, carnavales). En una segunda parte, se analizarán las realidades que vinieron a desmentir esta actividad artificial: la falta de recursos y sus consecuencias: el hambre, el frío, la falta de recursos que llevaron a intentar buscar todo tipo de remedios, hasta la prostitución, el aumento de la tasa de mortalidad y la disminución de los matrimonios y de la natalidad, que prueban que la guerra de la Independencia afectó a todos hasta en los aspectos más íntimos de la vida.

ABSTRACT: What did living in times of the War of Independence mean for the non-combatants? Obviously, there are several answers, depending on whether we analyse an area free of French presence (Alicante, Cadiz) or an zone occupied from the beginning to the end (like Guipúzcoa), or even a zone that suffered the coming and going of the marching armies. In this paper we will focus on Madrid, a town that experienced such movements, in order to state that, whether under the French occupation, or free from it, everyday life of its inhabitants did not meet big differences. First we will study the entertainment policy that both Frenchified authorities and patriotic ones tried to develop, in order to maintain a social life which was not adequate for the circumstances (theatre, bullfights, cafes, carnivals). In a second section, we will analyse the events that came to prove such artificial activity as wrong: the lack of resources and its consequences: hunger, cold, shortage of basic resources that led to a search for all kind of remedies -even to prostitution-, the increase in the death rate and the decrease of weddings and birth rate, aspects which prove that the War of Independence affected everybody even in the most intimate aspects of their lives.

**ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA EN EXTREMADURA, II CENTENARIO (1808-2008)**

IX JORNADAS DE HISTORIA EN LLERENA

Llerena, Sociedad Extremeña de Historia-Centro de Estudios del Estado de Feria, 2008

Pgs. 75 - 91

ISBN: 978-84-613-2158-2



Cada uno de nosotros vive de manera distinta su propia intrahistoria, en función de su estatus social. Resulta de una claridad meridiana que no vivimos y percibimos la actual crisis económica que nos ha caído encima según somos funcionarios, agricultores, empleados, empresarios, parados, emigrados, banqueros etc. Pero cuando nos referimos a la Guerra de la Independencia, las diferencias, más que importantes, pasan a ser abismales. La intrahistoria del militar, del guerrillero, del sacerdote, del empleado y del bracero sólo tienen en común su origen en la misma crisis política y militar. Toda comparación es odiosa, decía Cervantes. Máxime cuando se trata de comparar territorios en los que los acontecimientos bélicos produjeron resultados tan diversos, como ocurrió entre 1808 y 1814. Es evidente que los pobladores de las zonas ocupadas por las tropas imperiales desde el inicio hasta el final de la contienda (País Vasco, Navarra, parte de Cataluña) no vivieron la guerra de la misma manera que los que nunca sufrieron el yugo de los franceses (Cádiz, Alicante, Baleares y Canarias), ni tampoco quienes conocieron alternativamente la autoridad del gobierno afrancesado o la de los mariscales imperiales en relación a los que tuvieron como referencia las autoridades patrióticas (Juntas Supremas, Junta Central, Regencia y Cortes). Y como resulta imposible abarcarlo todo a la vez, nos limitaremos a intentar analizar la intrahistoria común de la mayoría de los españoles, esto es, la de quienes vivieron la guerra en las zonas de ocupación francesa antes de ser liberadas.

I. EL MIEDO

Como en toda guerra, el miedo se apoderó de la población civil. Sucedió desde el momento en el que se supo que Napoleón había decidido otorgar la corona de España a uno de sus hermanos. Cundió inmediatamente la voz de que Napoleón iba a imponer la conscripción militar a España, es decir, alistar a los jóvenes para integrarlos en su ejército y mandarlos a las tierras septentrionales, como había hecho con las tropas al mando de La Romana. Tamaña aprehensión suscitó esta perspectiva que partidarios del cambio dinástico como el canónigo de Toledo Juan Antonio Llorente se esforzaron por persuadir a sus compatriotas de lo contrario, lanzando folletos de propaganda de títulos tan significativos como *Carta del verdadero español*, y el primer acto del rey Intruso, antes siquiera de entrar en España, fue comunicar a la Junta de Gobierno, y ésta lo público en la *Gazeta de Madrid* del 25 de junio de 1808, que no habría conscripción en España¹.

Hasta entonces había cundido la aprehensión, más que el miedo. No obstante, a partir del momento en el que las tropas imperiales, supuestamente aliadas y amigas, se transformaron en tropas de ocupación, comenzó a extenderse el miedo a las exacciones. Para tranquilizar a los madrileños, antes de entrar en Madrid con sus tropas, Murat hizo promulgar un bando en el cual advertía a sus soldados de las penas en las que incurrirían en caso de violencia, y lo hizo publicar en un número extraordinario de la *Gazeta de Madrid* del domingo 27 de marzo de 1808:

“Soldados:

Vais a entrar en la capital de una potencia amiga: os recomiendo la mayor disciplina, el mejor orden y más grande miramiento con todos sus habitantes; es una nación aliada, que debe hallar en el ejército francés a su fiel amigo, y reconecedor a la buena acogida que ha tenido en las provincias que acaba de atravesar.

¹ DUFOUR, G. “¿Por qué los españoles se alzaron contra Napoleón?”, en *España 1808-1814. La Nación en armas*, catálogo de la exposición Teatro Fernán-Gómez y Centro Cultural de la Villa de Madrid, del 12 de febrero al 11 de mayo de 2008, s. l., Madrid, Ministerio de Defensa, 2008, pp. 79-88.

Soldados: espero que sea suficiente la recomendación que os hago; y la buena conducta que hasta ahora habéis observado deberá garantizarme ... pero si aconteciese que algún individuo olvida que es francés, será castigado y sus excesos se reprimirán severamente. En consecuencia mando:

Que todo oficial que olvidado de sus deberes cometa algún delito será sustituido de su empleo, y entregado al juicio de una comisión militar.

Todo soldado convencido de robo, ocultación o violencia, será pasado por las armas.

Todo sargento o soldado convencido de haber apaleado o maltratado a algún habitante será pasado por las armas, si pierde la vida, y cuando no, será juzgado con el rigor de las leyes.

Todo sargento o soldado que se encuentre embriagado en las calles será condenado a 8 días de calabozo, y los sargentos degradados.

Todo sargento o soldado que se halle en las calles después de la retreta sufrirá dos días de prisión [...]”².

Pero no reflexionó Murat sobre lo contraproducente de tal proclama (divulgada por toda España gracias la mencionada *Gazeta*), que a fin de cuentas incluía un catálogo de las conductas habituales de la soldadesca francesa en territorios enemigos. La violencia fue sistemática cuando José tuvo que abandonar Madrid y replegarse a Burgos y luego a Vitoria. Fue a mayor (dentro de lo posible) cuando Napoleón, a la cabeza de la *Grande Armée*, dejó a sus tropas entrar a saco en los pueblos y ciudades camino de la capital. Y tal violencia fue conocida en toda España por la información ofrecida por la *Gazeta de Madrid*, aún libre, aunque por poco tiempo, del yugo francés. Así, se pudo leer en el número del martes 9 de septiembre de 1808 el siguiente repertorio de coacciones cometidas en Rioseco, donde las tropas imperiales mataron “sin distinción todas las personas que encontraban en las calles y las plazas ... allanaron las casas, los templos, conventos de religiosos y religiosas, robando y saqueando cuanto tenían, quitaron la vida a muchos de los dueños, religiosos, sacerdotes y algunas mujeres, forzando a todas sin distinción de edades ni edad, a presencia de sus maridos, poniéndolas en carnes en las calles y casas haciendo alarde de la indecencia aún con los cadáveres”³. Es lo que Goya representó en sus *Desastres de la Guerra* (Figs. 1-4). A lo largo de la guerra, las represalias de todo tipo (incendios y saqueos de pueblos, matanzas, violaciones) llegaron a tal punto que hubo oficiales franceses, como el general Fantin des Odoars⁴, los coroneles De Gonneville⁵ y Morin⁶ o el teniente Jacquet⁷, que quisieron dejar testimonio de la *guerra sucia* que se les obligaba a hacer. La llegada, o el anuncio de una posible llegada de tropas imperiales, desencadenaba el pánico (Figs. 5 y 6). El ejemplo más significativo lo tenemos en la actitud del cabildo catedralicio de Córdoba (ciudad saqueada en 1808 por las tropas de Dupont), que en 1810 no sólo se apresuró a rendir homenaje a José cuando éste se dispuso a entrar en ella, sino que le ofreció una cantidad importante de dinero procedente del tesoro de la catedral⁸.

² N° 26, p. 303: “Providencias que para la mejor disciplina de las tropas francesas se ha servido tomar S.A. I. y R. el Sr. Gran Duque de Berg en el bando que se imprime para noticia del público”.

³ N° 125, p. 1.149.

⁴ FANTIN DES ODOARS (general), *Journal du général Fantin des Odoars. Etapes d'un officier de la Grande Armée*, Paris, Plon, Nourrit et C^{ie}, 1895, p. 284 : “Valladolid, 13 novembre 1810. Le dégoût de la vilaine guerre que nous faisons dans ces contrées s'est tellement propagé parmi nous que c'est à qui trouvera un prétexte pour s'éloigner”.

⁵ GONNEVILLE (coronel), *Souvenirs militaires publiés par la comtesse de Mirabeau sa fille, précédés d'une étude par le général baron Ambert*, nouvelle édition, Paris, Librairie Académique Didier Perrin et C^{ie}, 1895, p. 126.

⁶ MORIN, J.B. “Mémoires du colonel Morin sur son séjour en Espagne (1812-1813) annotés par le colonel Paul Willing”, *Revue du Souvenir Napoléonien*, 378, août 1991, pp. 2-20.

⁷ Carta fechada en Zaragoza el 12 de febrero de 1809. Documento electrónico: <http://www.documents-anciens.Com/fiche-391.html>.

⁸ *Gazeta de Madrid del lunes 12 de febrero de 1810*, n° 43, p. 173.



Fig. 1: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 13: "Amarga presencia"



Fig. 2: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 19: "Ya no hai tiempo"



Fig. 3: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 46: "Esto es malo"



Fig. 4: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 47: "Así sucedió"



Fig. 5: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 44: "Yo lo vi"



Fig. 6: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 45: "Y esto también"

Pero la inseguridad no era causada únicamente por las tropas imperiales. La población civil también temió a las guerrillas por sus exigencias de dinero y alimentos para los hombres y sus caballos. Por supuesto, este miedo no se puede comparar con el pánico que infundían las tropas imperiales, pero, sin pretender incitar

a un revisionismo excesivo del papel de las guerrillas⁹, tampoco se puede silenciar. Como podemos ver en la obra que Francisco Luis Díaz Torrejón consagró al viaje de José I por Andalucía¹⁰, el rey intruso tuvo muy pocas dificultades para lograr crear cuerpos de *guardias cívicos* en las zonas que consiguió conquistar. No hay que confundir a los *cívicos* con los juramentados, militares españoles que en lugar que marchar como prisioneros de guerra a Francia, prefirieron servir al rey Intruso. Los *cívicos* no participaron en los combates, a pesar de que hubo alguna que otra tentativa por parte francesa de involucrarlos. En algunos casos incluso se negaron decididamente a ello¹¹: lo único que pretendían era proteger sus bienes de los guerrilleros. El tema está aún por investigar. Pero el hecho de que se multiplicaran los cuerpos *cívicos* nos revela hasta qué punto pudo llegar la inseguridad que sentía la población civil ante los propios patriotas.

II. UNA COEXISTENCIA MÁS O MENOS PACÍFICA

Pese al miedo o pánico que les infundían los franceses, en las zonas ocupadas los españoles se vieron obligados a albergar a militares o empleados de la administración imperial. La coexistencia no estuvo exenta de tensiones. La madre de Víctor Hugo nos ofreció un ejemplo del grado de tirantez existente entre ocupados y ocupantes cuando refiere que, alojada en casa de un alcalde, pudo constatar que las puertas de las habitaciones distintas a la suya estaban lacradas¹². Como comentó, era una excelente manera de darle a entender que los franceses eran considerados ladrones. No obstante, pudo haber relaciones menos tensas e incluso cordiales, por ejemplo con los polacos del ejército imperial, que tenían la ventaja de ser tan católicos (o más aún, si cabe) que los españoles de entonces y uno de ellos, Broekere, nos narra por ejemplo de cómo pudo emborracharse de lo lindo en el bautismo de un hijo de la pareja en cuya casa se albergaba¹³. En sus memorias, todos los militares que participaron en la guerra en el ejército imperial consagraron un apartado especial a las relaciones con los habitantes que les hospedaban. Hay que decir que hubo de todo. El caso más extremo lo tenemos con el capitán de húsares Rocca, que cuenta cómo en Ronda él y sus hombres reconocieron en los combates que tuvieron con la guerrilla a sus propios caseros; indicaba que si hubieran tenido que ejercer represalias contra ellos, hubieran pasado por las armas a casi toda la ciudad¹⁴. Pero hubo encuentros más agradables: en el Archivo Histórico Nacional hemos hallado una carta escrita por un militar francés a la hija de su antiguo anfitrión para renovar su amor y jurarle que volvería para casarse en cuanto lo permitieran las circunstancias. La carta fue interceptada y la pobre muchacha debió creer que su novio la había olvidado. Otros militares, también seducidos por la hermosura de la hija de la casa, acabaron casándose con ellas. Las mujeres españolas llevadas a Francia por los militares que habían participado en la

⁹ ESDAILE, C. "Los Guerrilleros españoles, 1808-1814: el gran malentendido de la Guerra de la Independencia" in *trienio. Ilustración y liberalismo*, n° 42 (noviembre 2003), pp. 55-76.

¹⁰ DÍAZ TORREJÓN, F.L. *José Napoleón I en el Sur de España. Un viaje regio por Andalucía (enero-mayo 1810)*, prólogo de Jean-René Aymes, Córdoba, CajaSur, 2008.

¹¹ *El Conciso*, n°19, 19 de agosto de 1812, pp. 6-7: "Carolina, 15 de julio: los franceses salieron ayer de Andújar con los francos y juramentados para Córdoba, queriéndose llevar a los civiles, a quienes ofrecieron dejar lo suficiente para sus familias; lo que no consiguieron, porque los civiles se resistieron y por último se negaron, resueltos a no salir de sus casas".

¹² [HUGO (Adèle)], *Victor Hugo reconté par un témoin de sa vie*, París, J. Hetzel et C^o, 1885, t. I, p. 42.

¹³ BROEKERE, S. "Memorias de la guerra española (1808-1814)", en *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia española (1808-1814)*, ed. de Fernando Presa González, Grzegorz Bak, Agiesta Matyjaszyk Grenda y Roberto Montforte Dupret, Madrid, Huerga y Fierro, 2004, p. 102.

¹⁴ ROCCA, J. (DE), *Mémoires sur la guerre des Français en Espagne par M. de Rocca, officier de hussards et Chevalier de l'ordre de la Légion d'Honneur*, 2ª ed., París, 1814, p. 225.

guerra llegaron a ser en el París de los años 1820-1830 personajes de relevancia social; la figura más emblemática fue la condesa Merlin, esposa del general Merlin e hija de la condesa de Jaruco. No fue la única, y por su sobrino nos hemos enterado de que la célebre escritora Carmen Laforet descendía de uno de estos matrimonios celebrados como consecuencia de la ocupación francesa. Pero ¿cuántas fueron? Tenemos que confesar que lo ignoramos. Es otro tema que queda por investigar y que podría proporcionar datos significativos sobre las relaciones entre ocupantes y ocupados (en este caso, ocupadas) durante la Guerra de la Independencia.



Fig. 7: Retrato de la condesa Merlin

III. DIVERTIR AL PUEBLO: LA FIESTA NACIONAL

Para intentar tranquilizar los ánimos, José I recurrió al viejo sistema de las distracciones públicas. Especial énfasis se puso en las corridas de toros, prohibidas en nombre de la ilustración por el odiado Godoy, y que José I restableció apenas instalado en el palacio real de Madrid en julio de 1808. De los dos espectáculos taurinos que había programado para celebrar su proclamación como rey de España, tan sólo pudo ver una, la del 27 de julio. Según el inglés Charles Waughan (que no fue testigo presencial del hecho, sino que refirió lo que se le había contado), "durante la exhibición de por la mañana, la plaza estuvo casi vacía; pero el pueblo no pudo resistirse a renunciar a su fiesta nacional dos veces en un mismo día, y por la tarde los asientos estaban casi todos ocupados"¹⁵. Cuando José hizo su segunda entrada en Madrid, en enero de 1809, volvió a las andadas y el tiempo que duró su presencia en la capital fue una auténtica época dorada para los aficionados, así como para los toreros, procedentes de toda la España ocupada, especialmente de Andalucía (espadas como Jerónimo Cándido, Juan Muñoz, alias *Sentimiento*, Alonso Alarcón y Agustín Aroca, y picadores como Josef Doblado, Bartolomé Moyano, Luis Corchado, Miguel Velásquez Molina y Juan de Amisas) y para determinados ganaderos, ya que quince ganaderías hicieron su primera entrada en la plaza de Madrid en aquel momento¹⁶. Basta con ver en un diario como *El Conciso* la reiteración de

¹⁵ VAUGHAN, C. *Viaje por España*, traducción y estudio de Manuel RODRÍGUEZ ALONSO, Madrid, Universidad Autónoma, 1987, pp. 143-144.

¹⁶ COSSÍO, J.M. "Índice alfabético de ganaderos y fecha en que, por primera vez, se han corrido toros como nuevos en las plazas de Madrid desde el año 1765", *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa Calpe, 1947, vol. II, pp. 313-322.

las referencias a la lidia como manera de denigrar al "rey Pepino"¹⁷, o contemplar las caricaturas antinapoleónicas o antijosefinas de factura taurina¹⁸ (Figs. 8-9) para entender cuanto les molestaba a los patriotas esta rehabilitación de la "fiesta nacional" por el usurpador (según los términos de un poema publicado en la *Gaceta de Madrid*, se hacía para agradecerle la restauración de las corridas¹⁹).



Figs. 8 y 9: Caricaturas taurinas antinapoleónicas

¹⁷ Véase, por ejemplo, el artículo "Lealtad, fidelidad, adhesión, amor y afecto de los madrileños al rey José", *El Conciso*, n° 17, lunes 4 de febrero de 1811, pp. 87-88, o el titulado "Papeleta de los Toros" en el mismo periódico, n° 19, 19 de septiembre de 1812, p. 6.

¹⁸ DIEGO GARCÍA, E. (DE) "Capítulo 7. La verdad construida: la propaganda en la Guerra de la Independencia", en MOLINER PRADA, A. (Dir.) *La Guerra la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, Nablá Eds., 2007, p. 232.

¹⁹ *Gazeta de Madrid del miércoles 4 de julio de 1810*, n° 185, p. 788.

IV. TEATRO

Otra distracción favorita de los madrileños fue el teatro. Teatro patriótico, desde la huida de José a Vitoria hasta la entrada de Napoleón en la capital, esencialmente con comedias consagradas al sitio de Zaragoza, y también con la llegada de Wellington en agosto de 1812. Por su parte, José I intentó congraciarse con sus súbditos pagando en ocasiones señaladas las entradas de su propio bolsillo (al menos así lo declaró, aunque existen pruebas de que las promesas de reembolso no se cumplieron y que los directores no tuvieron más remedio que pedir -en vano- al Ayuntamiento que les indemnizara²⁰. Según Vaughan, al que ya hemos citado, el público se negó a beneficiarse de la generosa invitación del Rey Intruso cuando quiso celebrar su proclamación en julio de 1808. No obstante, los anuncios de la *Gazeta de Madrid* y del *Diario de Madrid* prueban que la oferta teatral (igual que en Cádiz) fue muy abundante. Tanto éxito tuvieron las funciones teatrales que se tuvieron que numerar las butacas del teatro del Príncipe, puesto que muchas personas, aunque poseedoras de una entrada, no encontraban sitio²¹.

V. BAILES DE MÁSCARAS

La necesidad de distraerse (para quienes tenían medios) era tal que astutos empresarios (como diríamos hoy) supieron aprovechar la oportunidad. Quien tenía dinero y ánimo para gastarlo en diversiones podía buscar en el *Diario de Madrid* el anuncio de los bailes de máscaras que, con el beneplácito del gobierno afrancesado, se organizaron a partir de 1810 en el teatro de los Caños del Peral. Por 16 reales por persona se tenía derecho a pasar la noche entera, desde las 8 de la tarde hasta las seis de la mañana, bebidas y ambigú (con platos fríos y calientes)²² incluidos. Pese a lo elevado del precio, los bailes tuvieron la suficiente aceptación como para que el 5 de agosto de 1812, apenas liberada la capital de las fuerzas francesas, la *Gazeta de Madrid bajo el gobierno de la Regencia de las Españas del 5 de agosto de 1812*, en un artículo titulado "Reflexiones políticas", los citara entre los más destacados males que había acarreado a los españoles el gobierno intruso, afirmando que...

"La introducción de las máscaras fue el cuarto ataque que los franceses dieron a las costumbres; la ocasión, la persuasión y el mal ejemplo pusieron a muchas jóvenes a las orillas del precipicio; la confusión y el desorden presentaban facilidades para burlar la vigilancia de los padres o de los maridos; por las máscaras se manchó más de una vez el tálamo nupcial; por ellas desapareció la virtud del corazón de algunas doncellas que habían nacido para ser las delicias de un hombre de bien".

¿Estuvo tan extendida la licencia generada por estos bailes de máscaras? El precio que se exigía por la entrada alejó a las manolas de ese lugar de perdición que fue el teatro de los Caños del Peral (el salario de un jardinero en el Real Sitio de Aranjuez no superaba los 6 reales diarios), pero no de la tentación. Así que el gobierno josefino autorizó para el carnaval de 1811 "la diversión de máscaras que desde más de cuarenta años estaban prohibidas". Goya dejó constancia de estas escenas en dos cuadros: uno que representa a los enmascarados bailando debajo de un arco, propiedad hoy de los duques de Villahermosa (Fig. 10), y otro que representaba a disfrazados paseando; éste pertenecía al barón de Herzog, de Budapest, y desapareció en 1939, cuando lo prestó para una exposición en Londres.

²⁰ Archivo de la Villa, *Libro de Actas*, 242, sesión del 6 de junio de 1812, f. 109v: "se hizo presente un memorial de la Compañía Cómica del Coliseo de la Cruz que igualmente reclama las funciones que dio gratis al público. Y en su vista, se acordó se diga al Secretario de esta Compañía que la Municipalidad de autoridad propia no ha mandado hacer ninguna función".

²¹ *Diario de Madrid del martes 18 de junio de 1811*, n.º 170, p. 741.

²² *Diario de Madrid del viernes 16 de agosto de 1811*, n.º 230, p. 195.



Fig. 10: Francisco de Goya, *Baile de máscaras*, colecc. particular

VI. LOS CAFÉS

Para olvidarse de los desastres de la Guerra, los madrileños también pudieron ir al célebre café La Cruz de Malta, cuyo propietario propuso a los clientes, además de bebidas refinadas, "conciertos armoniosos ejecutados por los mejores profesores de esta corte"²³. Evidentemente, los precios estaban en proporción con los servicios ofrecidos: el vaso de limón o de naranja costaba 15 cuartos; 18 el de leche, 24 con pan. Se pagaba 13 cuartos por una taza de chocolate; 10 por una copa de licor; 38 por un vaso de ponche; 14 por una tostada de manteca, y 18 por una botella de Jerez²⁴. ¡38 cuartos, es decir, cuatro reales y medio por un vaso de ponche!: con tal cantidad se podía comprar en 1812 una libra de ternera²⁵. Obviamente, tales despilfarros provocaron la indignación de los patriotas, máxime teniendo en cuenta que al mismo tiempo, como veremos, gentes "de otro linaje", como diría Goya²⁶, se moría de hambre, en el sentido literal de la palabra. La opinión expresada en su *Diario* por un anónimo patriota complutense es paradigmática al respecto:

"¡Y he visto emplear a los españoles afrancesados su dinero en bailes indecentes, en fuegos dispendiosos, y en espectáculos introducidos por el Gobierno del Usurpador, mirando con indiferencia, si no con placer, unas calamidades que no tienen ejemplo! Pero ¿qué puede esperarse de tales hombres?"²⁷

VII. LA DIFÍCIL SITUACIÓN ECONÓMICA

Sólo las clases pudientes podían permitirse el lujo de distraerse. Pero la situación económica era, para la mayoría, catastrófica. Por toda España, el pago de las contribuciones exigidas por el gobierno afrancesado o los militares franceses fue una auténtica pesadilla. Constatando que la mayor parte de los españoles se negaba a pagar la bula de Cruzada (que no era sino un impuesto), el canónigo de Toledo y consejero de Estado Juan Antonio Llorente (Fig. 11) no dudó en sugerir el

²³ *Diario de Madrid del jueves 2 de julio de 1812*, n° 184, p. 7.

²⁴ *Diario de Madrid del sábado 22 de enero de 1814*, n° 22, p. 95.

²⁵ *Diario de Madrid del domingo 13 de septiembre de 1812*, n° 256, p. 301.

²⁶ Grabado 61 de los *Desastres de la Guerra* de Goya (Fig. 12).

²⁷ [PALOMAR, J.D.] *Diario de un patriota complutense en la Guerra de la Independencia con un prólogo y notas por J.C.G.*, Madrid, tipografía de los hijos de M.G. Hernández, 16 duplicado, ed. facs con prólogo de José LÓPEZ ESTADA, Alcalá de Henares, Institución de Estudios complutenses, 1990, p. 47.

envío de columnas móviles de tropas para exigir que se comprasen dichas bulas²⁸. Aunque José no permitió semejante abuso, los mariscales y generales franceses no dudaron en exigir más y más a los españoles. Era la consecuencia del sistema ideado por Napoleón para que el ejército viviese a costa del país ocupado. Con lo cual, en no pocas circunstancias (testimonio del general Hugo), los españoles tuvieron que pagar dos contribuciones: la exigida por el rey José, y la exigida por algún mariscal o general, y a las contribuciones en efectivo había que añadir la cebada requisada para los caballos, etc. Además, no faltaron generales concusio-narios, como el famoso Kellermann, a quienes sus propios compañeros reprocharon sus exacciones²⁹. Y como por otra parte, según hemos visto, las guerrillas también exigían contribuciones a título de participación en los gastos de guerra, la situación del campesino fue verdaderamente calamitosa.

La crisis económica hizo estragos terribles. Un miniaturista hizo saber en el *Diario de Madrid* del 11 de enero de 1811 que estaba dispuesto a realizar retratos por "la mitad o menos de su tasación", y un mes y medio después estaba dispuesto a hacerlo "por una tercera parte de su valor, y desde 80 ó 100 reales". Los aguado-res se pusieron varios días en huelga en 1811 por protestar contra una nueva tasa que se les exigía³⁰. Hasta los empleados y militares al servicio de José resultaron afectados por la penuria por no ser capaz el gobierno de pagarles el sueldo. Un tes-tigo francés, Gaspar de Clermont-Tonnerre, quedó estupefacto ante la situación de total desnudez en la que se hallaban, por ejemplo, Marchena y Moratín; éste último no salía de su domicilio por carecer de ropa³¹. La situación empeoró aún más para los empleados del palacio real que no siguieron a José en agosto de 1812, y algunos de ellos incluso se cuentan entre quienes se murieron entonces de hambre³².



Fig. 11: Francisco de Goya, *Retrato de Juan Antonio Llorente*, Sao Paulo, Museu de Arte

²⁸ Archivo General de Simancas, *Gracia y Justicia*, lg. I.203.

²⁹ GONNEVILLE (coronel de), *op. cit.*, p. 143.

³⁰ *Gazeta de la regencia de España e Indias*, jueves 22 de agosto de 1811.

³¹ CLERMONT-TONNERRE, G. (DE) *L'Expédition d'Espagne, 1808-1810*, préface de Michel Poniatowski, introduction et notes par Catherine Desportes, Paris, Librairie académique Perrin, 1983, p. 461: "on a de la peine à concevoir comment, sous un prince qui semble passionné par la littérature, Marchena, par exemple, est dans le besoin, vivant à peine du fruit de son travail journalier. Comment Moratini [sic error del autor o del impresor?], auteur comique très distingué, est dans la plus profonde misère, n'osant sortir de chez lui, faute de vêtements, après avoir pourtant suivi le roi dans les vicissitudes de la guerre".

³² Archives Nationales de France, 381 AP 15, *Rapport fait à S.M.C. par son premier Majordome à Madrid le 18 décembre 1812*: "Aucun des employés adoptés par Votre Majesté n'a reçu de solde depuis le 1^{er} août; plusieurs ont essuyé la plus dure misère; quelques autres sont morts de faim; si un malheureux avait invoqué la charité des agents de la Régence, on les aurait repoussés comme infidèles".

VIII. LA HAMBRUNA

A la carencia de metálico se añadió la de productos de primera necesidad, esencialmente alimentos y carbón de leña. Como el invierno de 1811 fue especialmente riguroso, según el testimonio de la mujer del general Hugo, los más desfavorecidos murieron de frío (en el sentido literal de la palabra), ya en las calles, ya en las casas³³. La escasez de trigo provocó el encarecimiento del pan: el de dos libras alcanzó los nueve reales³⁴. En el *Diario de Madrid* del 16 de enero de 1812 se publicó un artículo "Sobre la ventaja de hacer pan con una pasta de patatas ordinarias en las actuales circunstancias de escasez de trigo"³⁵, algo que se practicó por toda España. Ya se había incitado a ello unos años antes, de forma reiterada, a través del *Semanario de Agricultura y artes dirigido a los párrocos*, haciéndose especialista en el tema el cura de Linares (Salamanca)³⁶. Pero entonces se trataba de proporcionar un alimento barato a los habitantes de las zonas rurales más desfavorecidas. No a los de la capital del reino.

Para muchos, el encarecimiento del pan significó la obligación de prescindir de este alimento básico. Los más pobres no tuvieron más remedio que comer hierbas del campo³⁷. Como señaló la *Gazeta de la Regencia de España e Indias* al dar cuenta de las noticias comunicadas desde Madrid el 13 de mayo de 1812, las enfermedades se extendieron hasta las clases acomodadas³⁸. Pero, obviamente, los mayores estragos se hicieron entre los más pobres³⁹. Goya nos dejó un testimonio abrumador de ello en los grabados 51 a 65 de *Los desastres de la guerra* (Figs. 12 y 13). El Patriota complutense ya anotaba en su diario de 1811:

"Ya se caen las gentes muertas de hambre. He visto en Madrid innumerables pobres, y personas en otro tiempo pudientes, mujeres jóvenes, parvulitos y de toda clase atropelladas por las calles, plazas e iglesias, clamando por una limosna, no sólo con voces, sino con alaridos y llantos de un modo espantoso que penetraba el corazón, y semblante pálido, flaco y macilento manifestaban sus necesidades. He visto, por desgracia, morir de hambre en las calles y aceras a muchos de estos miserables, mientras los franceses mantenían sus almacenes llenos de trigo para sus tropas..."⁴⁰.

Para la *Gaceta de la Regencia de España y de las Indias*, la situación a mediados de mayo de 1812 era tal que...

"...en la parroquia de San Martín, hay destinados siete capellanes a la administración de los sacramentos; hay días en que sale el Viático 50 veces, y los muertos no suelen bajar de 20; y así, respectivamente en las demás parroquias y hospitales. Se asegura que llegan a 18.000 las personas que han fallecido en esta villa en los cuatro primeros meses del año"⁴¹.

³³ [HUGO, A.] *Victor Hugo raconté par un témoin de sa vie, op. cit.*, I, p. 153.

³⁴ *Gazeta de la Regencia de España e Indias del martes 16 de junio de 1812*, n° 74, p. 615, noticias de Madrid del 10 de mayo.

³⁵ N° 16, pp. 62-63.

³⁶ LARRIBA, E. y DUFOUR, G. *El Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos (1797 - 1808)* (antología), Valladolid, Ámbito, 1997, pp. 39-40.

³⁷ [PALOMAR, J.D.] *Diario de un patriota complutense, op. cit.*, p. 51: "Con estos precios tan subidos, los pobres tienen que mantenerse con sus hierbas del campo y así es que las callejas, la romaza y otras hierbas sirven de sustento, mientras que nuestros enemigos los franceses se regalan con buenas raciones de pan, vino y carne y otra porción de afrancesados come a costa nuestra" (1812).

³⁸ *Gazeta de la Regencia de España e Indias del jueves 18 de junio de 1812*, n° 75, p. 623.

³⁹ Sobre la hambruna en Madrid, véase NÚÑEZ DÍAZ-BALART, M. "Beneficiencia bonapartista para la hambruna madrileña", en GIL NOVALES, A. (Coord.), *Ciencia e independencia política*, Madrid, Ediciones del Orto, 1996, pp. 147-163.

⁴⁰ [PALOMAR, J.D.] *Diario de un patriota complutense, op. cit.*, p. 47.

⁴¹ *Ibidem*.

Apenas cargaba las tintas. Otro cómputo, realizado a partir de los estados remitidos a Arribas por las parroquias, habla de 14.314 difuntos entre el 1 de enero y el 20 de julio, con la precisión de que “las dos terceras partes por lo menos han muerto de miseria”⁴². Durante las tres primeras semanas de junio de 1812, murieron en la parroquia de San Martín 213 personas, entre ellas 10 niños con menos de 13 años. Hasta en la muerte la pobreza hizo sus estragos: a excepción de cuatro difuntos cuyas familias pudieron sufragar los gastos de los funerales, todos fueron enterrados “de misericordia”⁴³.



Fig. 12: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 61: “Si son de otro linage”



Fig. 13: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 64: “Carretadas al cementerio”

Contrariamente a lo que afirmó el Patriota complutense, el Gobierno afrancesado no miró “con indiferencia, si no con placer” semejantes espectáculos⁴⁴. El 19 de noviembre de 1811, José firmaba un decreto, publicado al día siguiente en la *Gaceta de Madrid* por el cual, “queriendo proporcionar -según decía el texto- un alimento abundante, sano y a precio económico, aun para los habitantes menos pudientes” de la Corte, formaba una Comisión encargada de proponer al Ministro del Interior la creación de un establecimiento dedicado a este objeto y a cuya disposición se pondría la cantidad mensual de 50.000 reales, cantidad que sería abonada por una suscripción pública⁴⁵. Esta suscripción pública fue todo un fracaso: sólo contribuyeron los ministros y consejeros de estado de José I, los militares de su Guardia y los empleados de la secretaría de su mayordomía, amén de franceses como el mariscal Jourdan, el general Hugo o el embajador La Forest. En los meses de noviembre de 1811 a enero de 1812, exceptuando colectivos como el formado por los fusileros de la Guardia, todos los cuales donaron un día de sueldo, desde la oficialidad hasta el soldado raso, ni siquiera se registró un centenar de suscriptores⁴⁶. Como parecía evidente, pese al espectáculo miserable que daban los moribundos pidiendo auxilio por las calles (Fig. 14), los madrileños se negaron a colaborar en una acción que, aparte su carácter caritativo, servía de propaganda al Intruso. Sin embargo, se consiguió la dotación de entre 12.000 y 15.000 raciones semanales consistentes en

⁴² *Gazeta de Madrid bajo la Regencia de las Españas del miércoles 26 de agosto de 1812*, nº 5, p. 48.

⁴³ Archivo Histórico Diocesano de Madrid, lib. 28 de Difuntos, 3 de noviembre de 1809 a 13 de julio de 1812 [parroquia de San Martín].

⁴⁴ [PALOMAR, J.D.] *Diario de un patriota complutense*, op. cit., p. 47.

⁴⁵ *Gazeta de Madrid del miércoles 20 de noviembre de 1811*, nº 324, p. 1.342.

⁴⁶ *Gazeta de Madrid del jueves 21 de noviembre de 1811*, nº 325, p. 1.345; *Gazeta de Madrid del sábado 23 de noviembre*, nº 327, p. 1.354; *Gazeta de Madrid del lunes 25 de noviembre*, nº 329, p. 1.362; *Gazeta de Madrid del lunes 2 de diciembre de 1811*, nº 336, p. 1.370; *Gazeta de Madrid del miércoles 4 de diciembre de 1811*, nº 338, p. 1.382; *Gazeta de Madrid del lunes 20 de enero de 1812*, nº 20, p. 80 y *Gazeta de Madrid del sábado 25 de enero de 1812*, nº 25, p. 100.

once onzas de pan "blanco y de buena y sana calidad" (casi 345 gramos), o bien cinco cuarterones (625 centilitros) de potaje "variado en todos los días de la semana". La distribución de estas raciones (encargadas a las diputaciones de barrio bajo la responsabilidad de una Junta de caridad presidida por el limosnero mayor de José I, el patriarca de las Indias Ramón de Arce⁴⁷), vino a ser una escena típica de la vida madrileña, y Goya dejó constancia de ella en el grabado 51 de los *desastres de la guerra*: "Gracias a la almorta" (Fig. 15). Entre 400 y 500 indigentes (según las semanas) fueron encargados del reparto, beneficiándose también cada uno de su ración. Una parte de ellas (unas 3.500) se reservó a los suscriptores para "sus" pobres, creándose así una relación de dependencia de los más necesitados con sus bienhechores. Las demás fueron repartidas según estrictos criterios elaborados por la Comisión de Beneficencia:

- 1º: Los ancianos octogenarios y enfermos.
- 2º: Las viudas y particularmente las sexagenarias y con hijos menores.
- 3º: Las desamparadas con hijos de menor edad.
- 4º: Los jornaleros con numerosa familia.
- 5º: Los estropeados y enfermos crónicos.
- 6º: Los enfermos menores⁴⁸



Fig. 14: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 58: "No hai que dar voces"



Fig. 15: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 51: "Gracias a la almorta"

Quienes no entraban en estas categorías podían perder toda esperanza de beneficiarse de esta nueva clase de "sopa boba", que, por cierto, no fue rechazada por los indigentes, como quiso hacer creer el pintor Aparicio (Fig. 16). Para algunas, la salvación se la proporcionó la prostitución. Prostitución del cuerpo, y no del alma, ya que el general Fantin des Odoars se lamentaba de que ni siquiera eran partidarias suyas las prostitutas a las que los franceses enriquecían⁴⁹. Los que tenían aún fuerzas huyeron de la Corte "a buscar donde comer o donde morir" de modo que hubo "barrios enteros sin gente"⁵⁰.

⁴⁷ Decreto del 7 de abril de 1812, publicado en la *Gazeta de Madrid del jueves 16 de abril de 1812*, nº 107, p. 431.

⁴⁸ *Gazeta de Madrid del viernes 24 de enero de 1812*, nº 24, p. 96.

⁴⁹ MORIN, J.B. *op. cit.*, p. 2: "le libertinage occasionné par le besoin est poussé à un point qui fait horreur", y FANTIN DES ODOARS (general), *op. cit.* p. 287: "Il est à remarquer que, dans d'autres pays où nous avons porté les armes, les femmes ont constamment été de notre parti. Ici, nous sommes détestés même des filles publiques que nous enrichissons".

⁵⁰ [PALOMAR, J.D.] *Diario de un patriota complutense...*, *op. cit.*, p. 66.



Fig. 16: José Aparicio, *El año del hambre en Madrid* (1818), Madrid, Museo Municipal

IX. CONSECUENCIAS EN LA VIDA ÍNTIMA

Pobreza, hambre, frío, falta de higiene (Madrid se convirtió en un gigantesco muladar a partir de agosto de 1812 como consecuencia de la requisita de burros, mulas y carros para el éxodo de la corte josefina a Valencia), todo ello tuvo repercusiones en la población, cuando no la llevó a la muerte. Una de ellas es el bajísimo número de nacimientos, lo que salta a la vista por la marcada diferencia de tamaño entre los libros de difuntos y los de bautismos (en la madrileña parroquia de San Ginés, un solo tomo de bautismos, no muy voluminoso, abarca todo el período de la guerra, mientras que se necesitó de un volumen por año para anotar las defunciones). Por supuesto, hubo también una reducción importante del número de casamientos, pero no tanto como para justificar tan pocos nacimientos. ¿Incapacidad de procrear por la debilidad resultante de la malnutrición? ¿recurso a otros tipos de relaciones sexuales que el consabido coito “in vase naturale”, la única relación sexual no calificada como pecado mortal por todas las guías de confesores del XVIII? De todas formas, es evidente que la guerra afectó a los individuos en su vida más privada. Y es evidente también que el tener un hijo en tales tiempos se consideraba una maldición. Prueba de ello es la dificultad que tuvieron entonces los padres para hallar padrinos. Ser padrino o madrina era una auténtica carga y hay sabrosas páginas al respecto de un autor hasta hace poco olvidado, Pedro Gatell y Carnicer, en su periódico *El Argonauta español*, en donde incide, por ejemplo, en la obligación de pagar el entierro si se moría la criatura⁵¹. No obstante, a pesar de las reticencias de Gatell, hasta la Guerra de la Independencia no hubo grandes dificultades para dotar al recién nacido de padrino y madrina. Como el Concilio de Trento se conformaba con uno de ambos, sea el padrino o la madrina, así se practicó durante la guerra, salvo contadísimas excepciones.

⁵¹ *El Argonauta español*, periódico gaditano por el bachiller Pedro Gatell, edición de Isabel Larriba, Cádiz, Universidad, p. 247-249 (n° 23).



Fig. 17: Francisco de Goya, serie *Los desastres de la Guerra*, nº 77: "Que se rompe la cuerda"

La reducción de los padrinos de dos a uno no afectaba a la práctica religiosa. En cambio, hemos visto que cuantos pudieron eludieron pagar la bula de la cruzada (bien inútil, por cierto, en tiempos de hambruna). Pero, sobre todo, la guerra tuvo importantes repercusiones en la fe de cada uno. No la fe en Dios, sino en sus representantes, el clero. Cabe observar que, en su inmensa mayoría, el pueblo español no hizo caso a la actitud de buena parte del episcopado, que predicó la obediencia a los designios de la Providencia después de los acontecimientos del 2 de mayo de 1808 en Madrid. El propio Consejo Supremo del Santo Oficio de la Inquisición remitió a sus tribunales de provincias, con fecha del 6 de mayo, una carta circular en la que condenaba a los insensatos que se habían rebelado y declaraba "crimen de Inquisición" todo acto de hostilidad contra las autoridades francesas. Todos sabemos el caso que se hizo a esta circular. Esta desobediencia cívica (por decirlo en términos actuales) a la más poderosa y hasta entonces respetada y temida de las autoridades religiosas es, para mí, el hecho de mayor trascendencia de la intrahistoria popular de la Guerra: por toda España, y actuando en nombre de Dios, del Rey y de la Patria, los españoles supieron hacer caso omiso de las instrucciones de las autoridades y alzarse contra el invasor.

Los afrancesados intentaron sacar partido de la abolición de la Inquisición, uno de los temas de propaganda más explotados. No tenemos sondeos de opinión para formarnos una idea de la recepción que tuvo semejante medida. Pero como mínimo, gracias a los debates en las Cortes de Cádiz sobre la compatibilidad o no del Santo Oficio con la Constitución, la propia existencia del tribunal suscitó grandes controversias entre la ciudadanía durante la Guerra. Otro decreto, considerado como anticlerical, el del 18 de agosto de 1809 (publicado en la *Gaceta de Madrid* del lunes 21 del mismo mes⁵²), por el que se suprimió la totalidad de las órdenes religiosas⁵³, tuvo amplias repercusiones en la vida cotidiana de todos los españoles que vivían en zona ocupada. Después de observar el vaivén de los frailes desalojados sacando sus pertenencias de sus celdas, notaron primero, como decía Pedro Salinas, "la presencia de una ausencia" cuando las campanas de los conventos dejaron de marcar el ritmo del tiempo tocando las horas canónicas y fueron desmontadas para ser

⁵² N° 234, p. 1.034.

⁵³ Decreto del 21 de agosto de 1809, publicado en la *Gazeta de Madrid del miércoles 23 de agosto de 1809*, n° 236, p. 1.052.

conducidas a Francia⁵⁴. Luego, muchos tuvieron de cambiar de confesor, ya que los obispos o vicarios eclesiásticos adictos al gobierno josefino despojaron de las licencias a los monjes en septiembre de 1809⁵⁵. Dado que la mayoría de los españoles solía contentarse con cumplir los mandamientos pascales⁵⁶, la medida tan sólo tuvo trascendencia ocho meses después. Pero afectó a gran número de individuos. Más aún: desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, la Guerra de la Independencia supuso una auténtica revolución. En su inmensa mayoría, el clero secular mostró su conformidad con los vencedores del momento, fuesen cuales fuesen. En Madrid, el obispo auxiliar Anastasio Puyal cantó tedeums por el acceso al trono de Fernando VII, por el nombramiento de Murat como lugarteniente de Carlos IV, por la llegada de José, por la entrada de Castaños y de su ejército, por la segunda entrada de José, por la de Wellington y sus tropas inglesas (todos herejes, por supuesto), y aceptó sin pestañear la "berengena" o cruz de caballero de la Orden Real de España. En Segovia, cuantas veces se aproximó un nuevo ejército (franceses, españoles, franceses de nuevo, ingleses, franceses otra vez y finalmente anglo-españoles) el cabildo catedralicio se vistió de capa pluvial para salir a su encuentro y luego celebrar tedeum en su honor. Evidentemente, el clero de Segovia no era más pusilánime que los demás. Así que debió ser todo un trauma para los españoles, a los que se les había enseñado como artículo de fe que la palabra del sacerdote desde el púlpito era palabra de Dios, ver al clero mudar la predicación según lo exigían las circunstancias. No todos tuvieron la crisis de conciencia de un Blanco White que se hizo ministro protestante en Inglaterra. Pero la crisis de conciencia fue lo suficientemente grave como para que se contara a algunos canónigos entre los *vigurizados*, como se decía entonces, esto es, los que fueron ignominiosamente muertos a manos del pueblo por "traidores". Y por supuesto no mejoró el clero su imagen cuando, después de haber prestado juramento a la constitución de la monarquía española, como antes lo había prestado a José, predicó en 1814 la obediencia debida a Fernando VII como monarca absoluto. Esta suspicacia hacia el clero afectó de forma tan notoria la intrahistoria de tantos individuos que se convirtió en la obsesión colectiva que tantos dramas provocó en la historia de España durante los siglos XIX y XX. Pero, eso ya es harina de otro costal.

⁵⁴ [PALOMAR, J.D.] *Diario de un patriota complutense...*, op. cit., p. 23.

⁵⁵ Decreto del 21 de agosto de 1809, publicado en la *Gazeta de Madrid del miércoles 23 de agosto de 1809*, n° 236, p. 1.052.

⁵⁶ DUFOUR, G. *Clero y sexto mandamiento. La confesión en la España del siglo XVIII*, Valladolid, Ámbito, 1996, p. 55 y ss.